

JESÚS ANTE LA VIOLENCIA

Jesús ante la violencia, Misión Abierta, 75 (1982) 97-105

Interpretaciones extremistas

J. Carmichael: "Jesús tuvo que disponer de un ejército armado", escribía Carmichael hace unos veinte años. La base escriturística la encontraba en Mt 10, 34: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada". Para este autor "Jesús fue un rebelde y murió como un rebelde"; fue un revolucionario político-social, un zelota poseído del mesianismo judío-nacionalista. Es decir, Jesús intentó instaurar el reino de Dios a la fuerza.

J. Lehmann: Para él, Jesús fue sobre todo un esenio.. Afirma: "El rabino Jesua no tuvo siempre pensamientos de paz, sino que libremente u obligado, vivió el aspecto político del mesianismo hasta su amargo final y fracaso". Todo su esfuerzo es intentar vincular a Jesús con la secta de los esenios: "Bienaventuranzas y apocalipsis, penitencia y bautismo, comunidad de bienes y pobreza, eucaristía y alianza, todo esto se encuentra en Qumrán. Lo que durante dos mil años hemos tenido por doctrina de Jesús, existía ya antes de su nacimiento". En Qumrán, pues, sería donde Jesús aprendió las enseñanzas de los esenios.

Dos componentes desfiguran en este contexto la imagen de Jesús: 1) Su despolitización: la comunidad primitiva lo liberó de todo resabio político y así aseguró su posteridad; 2) Para comprender su muerte Pablo se vio obligado a espiritualizar, universalizar y trascendentalizar a Jesús, convirtiendo al Mesías fracasado en Cristo vencedor. La consecuencia es obvia: El Cristo predicado por la Iglesia no se parece al Jesua histórico ni en el nombre. Es pura ideología. El rabino Jesua no sería hoy miembro de ninguna iglesia.

S. G. F. Brandon destaca la proximidad simpatizante de Jesús con los zelotas y, en consecuencia, los motivos para la acusación de agitador político. A diferencia de los zelotas, Jesús estaba más interesado en atacar a la aristocracia sacerdotal que a los romanos. Brandon se fundamenta en citas bíblicas aisladas, como Lc 23, 2: "Comenzaron a acusarle diciendo: hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributo al César y diciendo que él es Cristo rey". Pero con sus citas no consigue probar que Jesús se rodease de un grupo de discípulos armados, ni que tras la destrucción del Templo sus seguidores por razones apologéticas, le hubieran convertido en un pacifista. Brandon pone un especial énfasis en mostrar las intenciones pacifistas de Marcos, al que siguieron Mateo y Lucas culminando la tradición del Jesús pacífico y dulce. Se sitúa en la línea de Raimarus, Kautsky, Eisler y tantos otros.

Precariedad de las fuentes

Son posibles muchas interpretaciones de Jesús, como dice A. Schweitzer. Cada época ha proyectado en Jesús su universo axiológico; pero Jesús retorna siempre a su época como un "desconocido sin nombre". Para Carmichael y Brandon, Jesús fue un zelota o simpatizó con este movimiento armado. Para Lehmann está claro que perteneció al

movimiento esenio partidario de la oración y el trabajo callado. Para el judaísmo actual está fuera de duda que Jesús fue un "fariseo liberal", un fiel observante -aunque no fanático- de la ley.

Las fuentes sobre Jesús son presas rías y susceptibles de diversas interpretaciones, y más si atendemos a que en realidad la vida de Jesús fue breve -su actividad pública es posible que durase tan sólo unos meses-; o que su lenguaje a veces fue oscuro para sus contemporáneos, incluso para sus discípulos; o que Jesús también estuvo a menudo movido por la fiebre apocalíptica llena de exigencias que dejan a un lado el quehacer cotidiano e impone acciones heroicas ante la inminencia del reino; o que los enfoques de los evangelios son diversos y parciales.

Interpretación actual

En la investigación actual prevalece la convicción de que Jesús no perteneció a ningún movimiento violento; aunque su mensaje fuera profundamente revolucionario, no incluye el recurso a la violencia armada.

El autor que con mayor claridad y sentido pedagógico ha expresado esta tesis es O. Cullmann en su librito **Jesús y los revolucionarios de su tiempo**. Autores como M. Hengel y H. Küng le deben la impostación del tema en sus respectivas obras. Otros teólogos actuales no mantienen posturas muy diferentes a las de Cullmann.

Su método de investigación es sencillo. Primero reúne los argumentos a favor de un Jesús zelota y partidario de la violencia. Los principales son: Jesús no polemizó nunca contra los zelotas aunque atacó a otros movimientos de su tiempo; su postura crítica frente a Herodes, al que llama zorro, utilizando lenguaje zelota; ciertas frases que invitan a llevar armas; su influjo sobre la multitud que pretende hacerle rey; su irradiación sobre los zelotas, pues algunos de sus discípulos fueron zelotas; ciertos actos de matiz zelota como la entrada en Jerusalén, la expulsión de los mercaderes y la muerte en cruz.

Después Cullmann reúne los argumentos en contra de una interpretación zelota de la vida de Jesús. Los principales son: Jesús habló sobre la no-violencia y recomendó ofrecer la otra mejilla al que nos hiera llamó bienaventurados a los pacíficos; se mostró contrario al uso de la espada; proclamó el amor al enemigo; rechazó la tentación del poder político como algo diabólico; admitió entre sus discípulos a un recaudador de impuestos (figura nada zelota)! y no se cerró al trato con los representantes de la potencia ocupante.

Cullmann concluye: "Jesús no pierde su tiempo comprometiéndose en una empresa que tiene como finalidad la destrucción de las instituciones por la fuerza de las armas". Piensa que el convencimiento de que el mundo se acercaba a su final impidió a Jesús optar por transformaciones violentas. Lo que realmente le interesaba era el reino y no las vicisitudes de este mundo.

El estudio de Cullman inspira a Küng el siguiente veredicto: "A pesar de todo esto, si se quiere hacer de Jesús un guerrillero, un insurrecto, un agitador y revolucionario político, y convertir su mensaje del reino de Dios en un programa político-social, hay que

tergiversar y falsear todos los relatos evangélicos". Küng concluye que Jesús tenía lo bueno de todos los grupos, sin pertenecer a ninguno de ellos: era más revolucionario que los zelotas, más moral que los fariseos, más libre que los esenios, más piadoso que los sacerdotes. Aunque probablemente no haya nada que objetar, esta interpretación de un Jesús espléndido, resultado magnífico de todos los logros de su tiempo, no nos convence.

Los argumentos

Cullmann, Hengel, Küng y en general la investigación actual tiene razón en que no hay argumentos apodícticos para pensar en un Jesús partidario de la violencia armada. Incluso los episodios de mayor matiz zelota -entrada en Jerusalén, expulsión de los mercaderes del Templo, la crucifixión- admiten otras interpretaciones.

Entrada en Jerusalén. Se trata de un episodio con sabor de "leyenda mesiánica". Su carácter legendario se manifiesta especialmente en la leyenda del pollino. Todos los detalles resaltan la dignidad mesiánica de un Jesús aclamado por la multitud. Sin embargo la investigación histórica actual pone de manifiesto que la entrada en Jerusalén debió de carecer de la solemnidad que le atribuyen los evangelios. Seguramente Jesús sólo fue acompañado por un pequeño grupo de seguidores. La leyenda del pollino debe ser entendida como un símbolo de humildad, pues los triunfadores entraban en la ciudad sobre un caballo blanco. Y este acto de humildad debió de inquietar a los dirigentes religiosos y políticos, especialmente tratándose de la época de la Pascua. Jesús no subió a Jerusalén en busca de su propia muerte. La tesis de Bultmann, según la cual la subida a Jerusalén fue un acto de Jesús que, en su desesperación, quería poner a prueba a Dios y cerciorarse de si estaba de su parte, no parece avalada por los relatos evangélicos. Jesús no subió a Jerusalén en busca de una muerte violenta, aunque pudiera contar con tal posibilidad. El viaje tuvo como objetivo anunciar su mensaje, pues Jerusalén era la meta de todos los grandes profetas.

Expulsión de las mercaderes. Mayor carácter zelota cabría atribuir a este acontecimiento. Aquí aparecen insinuaciones de violencia: látigo, ira, mesas por el suelo, etc..., pero si Jesús hubiera manifestado una actitud violenta en el Templo, seguro que la policía encargada de custodiarlo hubiera intervenido. Lo que ocurría en el Templo era natural para un judío, pues el Templo tenía sus propias prescripciones y normas que aceptaban el cambio de moneda y el ganado para las ofrendas. Nada de esto lo profanaba. La acción de Jesús no estaba, pues, justificada.

No se puede afirmar, como pretende la interpretación zelota, que Jesús quisiera apoderarse del Templo en una acción conjunta con Barrabás, Aunque hipotético, sería más creíble pensar con Brandon, que la presencia de Jesús en el Templo coincidiese con una revuelta zelota y que Jesús, confundido con ellos, fuera hecho prisionero y ajusticiado. Pero la investigación actual se inclina a dar a la acción de Jesús un significado simbólico: con talante profético, habría puesto de re. lleve que su presencia ponía fin a viejas formas de relacionarse con Dios, mediatizadas por el Templo. Con él llega un nuevo tiempo en el cual la relación con Dios no pasa por recintos ni tiempos sagrados. A partir de ahora, templos y sacerdotes habrán de renunciar a viejos privilegios.

La crucifixión. Es cierto que el género de muerte que sufrió Jesús era reservado por los romanos para los culpables de alta traición y para los agitadores políticos. Jesús fue ejecutado como agitador político, prueba de ello es el rótulo que colgaron los romanos sobre la cruz anunciando "rey de los judíos", título de claro sabor político, que debió de indignar tanto a los judíos, como a los seguidores de Jesús. Lohmayer dice que se trata de un título lleno de "burla". Del hecho de que Jesús muriese como un zelota revolucionario no se sigue que lo fuera en realidad, lo probable es que la autoridad religiosa judía, deseosa de asegurarle un vergonzoso y humillante final, lo entregara a los romanos como reo de conspiraciones políticas, ya que las acusaciones religiosas les eran poco convincentes. Y como buenos defensores del sistema optaron por lo seguro, pactaron con el opresor y liquidaron una esperanza llamada Jesús. Los verdaderos motivos fueron otros: les molestaba la libertad de Jesús, su opción por los que ellos despreciaban, su denuncia de la injusticia, su crítica a una piedad hipócrita, su nueva escala de valores, su acogida entre el pueblo, su pasión por la verdad, en una palabra, les molestaba su Dios.

Resumiendo: ni la subida a Jerusalén, ni la expulsión de los mercaderes del Templo, ni el tipo de muerte de Jesús, prueban que fuera un zelota partidario de la violencia armada.

Perplejidades y preguntas

Al reflexionar sobre Jesús y la violencia aparece el siguiente dilema: por un lado la impresión de que el programa de Jesús, con su radical exigencia de cambio, no es realizable sin el recurso a la violencia; por otra parte la convicción de que, si se recurre a la violencia, se abandona el proyecto de Jesús. En este sentido es inevitable dudar de la "eficacia" del mensaje de Jesús para solucionar problemas. Al nazareno le faltó realismo -reprochaba Nietzsche-, unos años más de vida y hubiera pensado, hablado y actuado de otro modo.

Históricamente, el precio pagado por la salida del dilema ha sido alto: se ha procurado realizar lo de Jesús "privadamente", olvidando la lucha para que el mundo dejase de ser este "matadero" del que hablaba Hegel. Esta "privatización" ha configurado la espiritualidad y ha estado también en el centro de la predicación eclesial.

Por un lado, parece que la justicia es central en el mensaje de Jesús, pero ¿es posible la justicia sin recurrir a la violencia, cuando parece que con métodos pacíficos se está retrasando demasiado? Así lo deben de pensar los hambrientos de todo el mundo.

Pero por otro, también es verdad que nadie puede afirmar que Jesús deseó una justicia lograda a tiros, ya que en un mundo violento e injusto habló de fraternidad y amor. Cuando llegó su hora, culminación de lo que fue toda su actividad, Jesús optó más por la sumisión que por la resistencia. Su arma fue el silencio, y su plegaria a Dios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15, 34).

Quizá, como escribe K. Rahner, en este momento se le hizo presente "todo lo que hace de la muerte algo horrible... el sufrimiento corporal, la tremenda injusticia a que se le somete, el odio y mofa de los enemigos, el fracaso de toda una vida, la traición de los amigos...". Pero tal vez preguntaba a Dios por la persistente violencia en el mundo, por

el sufrimiento del inocente, la enfermedad y el hambre, por las generaciones inútilmente sacrificadas... Tal vez quiso preguntar si, en definitiva, no es Dios el responsable último de la violencia que asola la tierra.

Bultmann tiene razón. No podemos saber como entendió Jesús su muerte. Lo que sí sabemos es que Jesús se orientó hacia este "imposible-necesario" que es la paz. A pesar de que no dio recetas "eficaces", al cabo de dos mil años sigue interpelando a no pocos hombres de nuestro tiempo y los hace atentos al clamor de los oprimidos. Quizá Jesús confió tanto en Dios y en el hombre que consideró posible un mundo humano sin necesidad de la violencia. Y aunque la historia no le haya dado la razón, su ideal sigue siendo un reto para el futuro. A Jesús no le habría bastado el lema de Camus: "lo importante es pensar con claridad y abandonar la esperanza". Más bien parece que Jesús esperó "contra toda esperanza".

Extractó: MIQUEL CORTES